TEMPLOS MODIFICADOS Y DESAPARECIDOS EN EL VALLE DE LA ERMITA

Aníbal Chajón

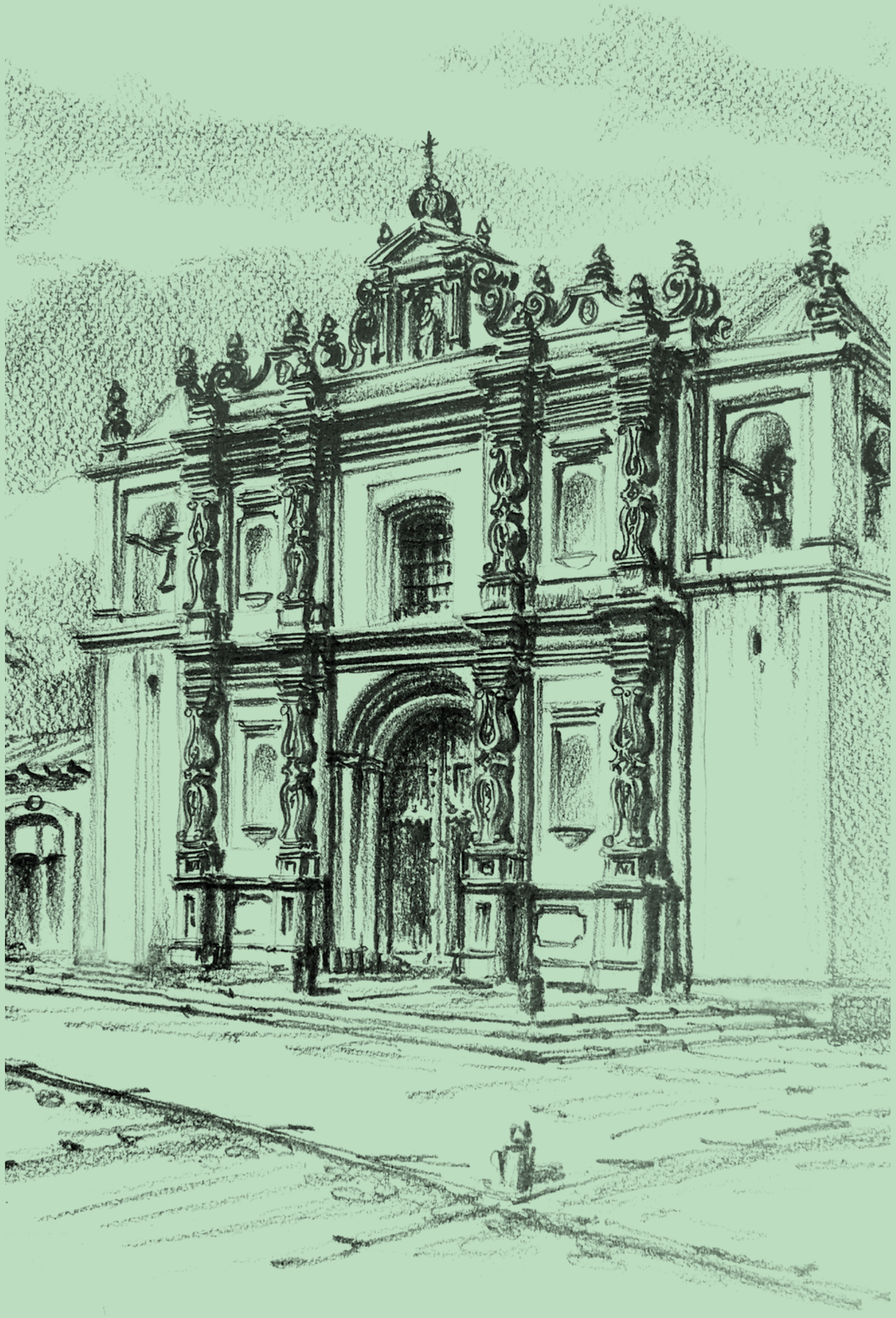
Aunque existen varias muestras de la arquitectura religiosa diseñada a finales del siglo XVIII en la ciudad de Guatemala de la Asunción, hubo otras que, lamentablemente, desaparecieron en el curso de la historia. La construcción de todas las obras se enfrentó a dificultades económicas, por el declive de las exportaciones de añil que mantenía la riqueza de las más importantes familias y era la fuente de impuestos para la Corona, que debía costear gran parte de las edificaciones eclesiásticas. Por otra parte, los arquitectos e ingenieros de la época desconocían el problema que ofrece el terreno sísmico al momento de construir y la técnica introducida por los españoles: la mampostería a base de piedra irregular, rafas de ladrillo y argamasa de cal y arena, formando gruesos muros, hacían vulnerables las obras de gran tamaño. Ahora se sabe que todos los muros de 20 metros o más son susceptibles de fracturas de 45 grados.

Por las limitaciones económicas del momento, las primeras obras terminadas, como el templo de San José, estaban hechas de adobe, con cubierta de teja, mientras que la fachada, más elaborada, estaba hecha de ladrillo. Curiosamente, las fotografías de 1918 muestran que la parte que colapsó fue la fachada, de mayor masividad. El templo se reparó fácilmente, reponiendo la fachada y reparando el techo. Fue uno de los pocos templos capitalinos que reportó daños en el otro sismo importante del siglo XX, el de 1942. Para el terremoto de 1976, las fotografías muestran que ocurrió lo mismo, cayó la fachada, pero permanecieron parte de los muros y del techo, como en 1917 y 1918. En esa ocasión, el gobierno decidió demoler la estructura con maquinaria de la época, pero quedaron fotografías que muestran que podría haberse conservado. Por las dificultades económicas propias de 1976 (aún no se resolvía la crisis del aumento desmedido de los precios del petróleo de 1973; se destinaban fondos para luchar contra la guerrilla, mientras que la élite ya no patrocinaba con entusiasmo obras católicas) motivaron la construcción de una obra sencilla, casi una bodega.

En el caso de San Sebastián, el caso fue distinto. El templo soportó el terremoto con lesiones que podían repararse. De hecho, se celebraba misa en 1978. Pero las condiciones pastorales habían cambiado. A la luz del Concilio Vaticano II se había promovido un cambio en la liturgia y las autoridades eclesiásticas dispusieron aprovechar todo el espacio que daba el templo, así se demolieron los pilares, se consolidaron los muros exteriores y se colocó una cubierta metálica, para abrir un amplio espacio que albergara al triple de fieles que la nave central original, pero se conservaron las fachadas principal y lateral.

Las iglesias de Santa Catalina y Santa Teresa son casos diferentes, trataron de conservar su disposición con materiales de la época: hierro y cemento. Santa Catalina fue reedificada en 1936, por lo que se conservó la distribución en tres naves. Se le dio un aspecto historicista, con un cielo inspirado en las basílicas paleocristianas de Roma, con un notable contraste: un arco triunfal que obstruye la vista del altar mayor y deja poca visibilidad para la imagen de la patrona. Mientras que, el templo de Santa Teresa, terminada en 1965, también conservó su disposición original, con un altar que trató de combinar la tradición y la modernidad.

Otros dos templos del Centro Histórico: Nuestra Señora de los Remedios o Calvario y la Asunción fueron distintos. Se edificaron para sustituir otras iglesias preexistentes, lo que dio a los diseñadores, Juan Domergue y Wilhelm Krebs, respectivamente, la oportunidad de hacer propuestas novedosas, pero limitadas por los patrocinadores eclesiásticos. De ahí que también recurrieran a motivos historicistas, principalmente el románico. En cambio, dos templos desaparecieron por completo: la Escuela de Cristo, demolida por orden de Justo Rufino Barrios para aprovechar el predio para oficinas del gobierno, y Concepción, destruida por los terremotos de 1917 y 1918 y reconstruida con diseño de Guido Albani, pero con la orden de hacerla un salón y no un templo, porque ya no cumplía con necesidades litúrgicas, pues la orden había desaparecido por orden de Barrios y para los fieles no era indispensable, pues estaba demasiado cerca de la Catedral. Albani recurrió al estilo Art Decó, en boga en 1925, y conservó la disposición que tuvo la iglesia, con atrio lateral, y se aprovechó para construir dos módulos de oficinas, con patio interno. Así, solo quedó el recuerdo de su presencia.



Fachada original del templo de San José / Guillermo Aguirre

Retablo de San José

Santa Rosa

Es un retablo barroco de aires rococó, probablemente del último cuarto del siglo XVIII. Ha perdido el sentido tectónico rígido para dar lugar a la unidad, donde todo es decoración. Aunque si intentáramos definir una estructura, tendríamos que decir que tiene un banco con sagrario, un cuerpo, tres calles, guardapolvo mínimo de formas curvas y un remate en arco.

Salta a la vista la multiplicidad de planos que forman el volumen completo del banco -hasta seis de ellos-. Las pilastras prácticamente desaparecen. Predominan los elementos asimétricos, caprichosos, el uso de materiales lacados, de tonos celestes y abundante decorado amorfo, llevado por un deseo de llenarlo todo de tallados sinuosos. Sería impresionante ver el retablo reverberando a la luz de las velas. Para ello utilizaban las "cornucopias", como se lee en los documentos de la época y que quizás se refiera a un tipo de candelabros que allí están.

Al centro, se luce un magnífico nicho repleto de espejos. Su base posee un relicario y la parte superior tiene forma de arco conopial. Alberga la imagen de San José con el Niño Jesús en su regazo, siendo la única presencia escultórica, ya que el resto lo ocupan pinturas de escenas evangélicas de la vida de San José: un ángel le habla en sueños y la huida a Egipto. También se observan dos pequeñas pinturas del Sagrado Corazón de Jesús y de María -aunque posiblemente sean incorporaciones posteriores del siglo XIX.

En el remate se observa una pintura muy interesante por su iconografía. Aparece entre nubes y querubines la figura de San José con el Niño Jesús en sus brazos. El Divino Infante escribe una carta. El Santo Patriarca es protector de varios personajes debajo de su amplio manto extendido por ángeles: al lado derecho, un hombre pobre y un enfermo, ambos con cartas de peticiones que le entregan a San José y al lado izquierdo se cobija una mujer mulata con su bebé en brazos. Allí mismo, llama la atención la presencia de un hombre de buena posición social vestido a la usanza del siglo XVIII con un traje rosado. De rodillas, lleva también en sus manos una carta. Es posible que se trate del donante del retablo. Todos estos personajes son representados con aires rococó de rostros dulces, aniñados y con tonalidades de colores pasteles suaves. Se trata de una pintura única en su género en Guatemala.

fue necesario restaurar las bóvedas. En 1979 se reportó una inversión de Q534 mil en la primera fase, que incluía inyecciones epóxicas. Se había reparado la capilla del Señor Sepultado, el interior y la fachada. Gracias a esta restauración se colocaron las esculturas de santo Domingo de Guzmán, santo Tomás de Aquino y san Vicente Ferrer en la cúspide de los campanarios y sobre el frontón[9]. En octubre del mismo año, se reabrió el templo[10]. Las obras terminaron en 1989[11]. Luego, a Ramiro Valladares se encargó la confección de esculturas para las hornacinas vacías en la fachada. Representan a fray Domingo de Vico (1485-1555), misionero martirizado con fray Andrés López, al norte de Cobán por grupos lacandones. Vico fue autor de una Teología Indígena en k'iche' y, erróneamente, se le consideró influyente en la redacción del Pop Wuj o Popol Vuh. También está la imagen de fray Lope de Montoya, quien ordenó la talla de la Virgen del Rosario, y fray Domingo de Betanzos (1480-1549), considerado fundador del convento en Guatemala.

En 1992 fueron robados cuatro pinturas del apostolado del templo, atribuidos a Pedro de Zurbarán y valuados en Q50 millones[12], eran las pinturas de San Pablo, San Felipe, Santiago el Mayor y San Pedro. Se ofreció una recompensa de Q50 mil por identificar el paradero[13]. Afortunadamente, fueron recuperadas. Su restauración se completó en 1998[14].

En el atrio se encuentra el Monumento a fray Bartolomé de las Casas, diseñado por Tomás Mur, fundido en bronce e inaugurado en 1896. El monumento estuvo primero frente al Instituto Indígena, en la finca La Aurora (actual Instituto Normal zona 13) y, durante varios años, frente al templo de la Parroquia Vieja, en la zona 6, hasta que fue trasladado al atrio, en 1992. Con motivo de dicho traslado, se remodeló el atrio. En ese tiempo se instaló una escultura de fray Raimundo Riveiro y Jacinto, para hacer simetría en el atrio.

También en esa época se completó la restauración de uno de los claustros menores del convento, que se utiliza como oficinas del Ministerio de Cultura y Deportes. En 2012 se publicó en los medios impresos sobre un proyecto para restaurar el claustro principal.

EL CARMEN

En el barrio de El Sagrario, se encuentra la iglesia de El Carmen. En Panchoy, esta iglesia surgió como forma del culto a la Virgen del Carmen como libertadora de las ánimas del Purgatorio, según el cual quienes portan el escapulario serían librados del lugar de purificación. Fue autorizada en 1638 y fue destruida por los terremotos de 1717. El templo actual, en ruinas, fue construido hacia 1728, por tres indígenas de Jocotenango; Juan López, Manuel García y Timoteo Núñez. Contaba con una casa para la cofradía del Santo Escapulario[1].

En templo en La Ermita fue inaugurado en 1814 y patrocinado, en buena medida, por la familia Aycinena. Los terremotos de 1917 y 1918 destruyeron gran parte del templo. Fue reparada por Juan Domergue en 1928[2]. Al decir del sacerdote Juventino Arbizú, fue la "iglesia de moda", especialmente para matrimonios. El terremoto de 1976 volvió a destruir el remate de la fachada, con parte de la bóveda y otros daños en el interior. Se destrozó el órgano que había importado de Italia el sacerdote Eugenio Nevi en los años 30. Los trabajos de restauración se iniciaron en 1980. El obispo auxiliar, Marco Aurelio González, abrió como capilla el área de la vivienda del sacerdote e hizo peregrinar la imagen de la Virgen para recaudar fondos[3]. En julio de 1981, la iglesia estaba reparada y solamente estaban pendientes trabajos internos de decoración[4].

El templo de El Carmen es un excelente ejemplo del Neoclásico en Guatemala. Presenta una fachada ornada con columnas toscanas, que sostienen un frontón semicircular. Sobre éste, se encuentra un remate semicircular. Este remate se repite en todos los colaterales. Posee dos torres con pilatras toscanas. El ingreso está delimitado por un arco rebajado inscrito en un arco de medio punto, a modo de arco rehundido. La portada lateral repite el diseño de los arcos, flanqueados por columnas jónicas y frontón semicircular. Es de planta de cruz latina. El interior tiene una sola nave, con altares colaterales y coro alto, con barandilla de madera policromada.

Todos los retablos son de estilo neoclásico, con pilastras decoradas con grutescos y paneles a los lados. Solamente tienen una hornacina, con arco de medio punto y protegida con vidrio. Del lado de la epístola, hacia el ingreso, se encuentra el altar del santo carmelita Ángel de Sicilia. Los símbolos del retablo en los paneles son haz de trigo con tres coronas, y la espada, tridente y lanza, pues fue martirizado por los cátaros en 1226. A continuación está el altar de san Juan Bautista, escultura barroca, sus paneles tienen los símbolos del estandarte y un altar.

En el brazo del transepto está el altar de santa Ana, escultura barroca protegida por fanal. El espacio entre el retablo y el arco está decorado

Interesados en el edificio que representaba la identidad barrial, los vecinos colaboraron con el nuevo sacerdote, Lázaro Lamadrid. Entre 1940 y 1941 se incrementó la labor constructiva, con donaciones de cemento y piedrín de una fábrica propiedad de la familia Novella. Se utilizó concreto para reconstruir la fachada, el crucero y el presbiterio.

Mientras tanto, el sacerdote Lamadrid solicitó al ingeniero y arquitecto Rafael Pérez de León (vecino del Hipódromo del Norte) y su socio Enrique Riera los planos para la cúpula, que fue construida entre 1945 y 1948. También en 1948 se adquirió un órgano marca Wurlitzer y se remodeló el atrio. Al año siguiente se logró concluir el suelo, con piso de cemento líquido de la fábrica "La Estrella", de Zepeda Hermanos, así como la instalación eléctrica, a cargo de Alberto Gándara, Agapito Cerca y Eustaquio Figueroa. En 1949, se bendijo el templo, por el arzobispo Mariano Rossell Arellano. También hubo un concierto musical de órgano, ejecutado por el maestro Elías Blas (vecino de San Sebastián)[12]. En ese momento se concluyó el crucero y se levantó el altar mayor, se usó el diseño de Lamadrid, "entendido en cuestiones de arquitectura", porque no existían fotografías del altar original. Además, al fraile se le adjudicó la dirección de las obras.

Entre 1949 y 1952 se construyó la casa de la comunidad franciscana. El nuevo sacerdote encargado, Celestino Fernández, continuó con los trabajos, entre 1949 y 1952. Su sucesor, Miguel Murcia, logró completar las torres, el frontón y la cruz luminosa en 1954[13]. A principios el decenio de 1950 un incendio destruyó lo que quedaba del convento recoleto, no se reportaron víctimas humanas, pero el edificio quedó completamente destruido. Fue demolido y en el predio se estableció un centro educativo. En 1965 la Municipalidad volvió a remodelar el atrio, dándole el aspecto actual, que cuenta con una fuente y arriates arbolados.

Al mismo tiempo que se construía el templo, se incrementó un fenómeno religioso característico de la ciudad de Guatemala, las procesiones de Semana Santa. El gran impulsor de estos cambios fue el sacerdote Murcia, quien organizó una Asociación y Hermandad, en 1955. El barrio tenía ahora como símbolo una asociación religiosa que cobró relevancia en la capital.

En 1965 se bendijo la imagen de San Miguel Arcángel[14] y el camarín del Nazareno[15]. Al año siguiente, la efigie del Inmaculado Corazón de María recibió una diadema de oro incrustada con piedras preciosas[16]. En 1968 el arzobispo, Mario Casariego, erigió la parroquia del Santísimo Nombre de Jesús, con sede en el templo recoleto. En febrero de 1976 ocurrió otro terremoto, el barrio y su templo también sufrieron estragos. La reconstrucción de la iglesia fue rápida, pues en 1979 ya estaba habilitado nuevamente, en tanto que pocas construcciones privadas sufrieron daños considerables. El barrio tuvo que recuperarse una vez más. A diferencia de otras partes de la ciudad, pocos cambios se han notado en el barrio desde entonces.

banco se encuentra una hornacina con la cabeza y un brazo del Cristo de Trujillo. Según el cronista fray Francisco Vásquez, quien escribió a principios del siglo XVIII, es lo que queda de una talla que se veneraba en Trujillo, Honduras, población que fue destruida por un ataque de corsarios neerlandeses en 1642. Para resguardar los restos de la efigie sagrada, fueron llevados por fray Anselmo de las Huertas al templo franciscano de Guatemala . La capilla cuenta con otros dos altares. En uno, hacia el altar mayor, se venera a San Benito de Palermo, fraile de origen africano que tuvo devoción entre la población afro descendiente en Panchoy y La Ermita. En el lado de la fachada, se encuentra un altar de reciente factura, dedicado a santa Teresa de Lisieux, con las imágenes del Divino Niño y de San Judas Tadeo, copia del que se venera en La Merced.

En el lado de la epístola, se encuentra la capilla de Nuestra Señora de los Pobres, cubierta con cúpula, separada de la nave por una reja. En el altar, con una sola hornacina, se han colocado dos imágenes sobre la mesa, San Pascual Bailón y Santo Domingo de Guzmán. Según la tradición oral, la imagen fue tallada en el siglo XVI para representar la Inmaculada Concepción. Sin embargo, fue recibida la imagen donada por el emperador Carlos V y la reina Juana I, que fue conocida como Virgen de los Reyes, por lo que la primera fue conocida como Virgen de los Pobres. Se narra que el fraile Juan Bautista Álvarez ofreció un ajuar a la escultura si era nombrado obispo. Cuando esto ocurrió, en 1713, olvidó su promesa, por lo que escuchaba una voz femenina que le decía: "Acuérdate de la pobre", cuando cayó en la cuenta que era la Virgen, cumplió su promesa. De allí proviene el apelativo. Como dato histórico, en 1717, la imagen fue sacada en procesión . La escultura fue transformada, probablemente hacia 1855, cuando se le dio su aspecto actual. En la misma capilla se encuentra la pintura Alegoría eucarística, del pintor barroco novohispano Cristóbal de Villalpando (1649-1714), quien elaboró para el convento franciscano una serie de pinturas en 1691.

Sobre el ingreso lateral del templo, se encuentra la pintura de los Mártires franciscanos de Japón de 1597, que parece inspirada en los Mártires de Sandomir, pintada por Mariano Pontaza en la iglesia de Santo Domingo, en 1808. En la pintura aparecen solo 12 de los 26 mártires. Sobre ésta, se encuentra la Alegoría de la preciosa sangre de Cristo, en la que aparece el Crucificado de cuya herida mana la sangre que da vida eterna a sus ovejas, pastoreadas por la Virgen, Santo Domingo, San Francisco y San Miguel. Está relacionada con la pintura Apoteosis de la orden de La Merced, en el templo mercedario, pintada por José Valladares en 1759 y completada por Juan José Rosales en 1813. No aparecen en una fotografía tomada en 1918, tras los terremotos. En su lugar se aprecia una pintura de marco cuadrangular de menores proporciones que la de los mártires, pero no se distingue la temática. En los altares de la nave, son interesantes San Antonio de Padua, San Buenaventura y San José. El púlpito, en el crucero, está decorado con un panel en relieve y tiene un

Capilla de Nuestro Señor de las Misericordias

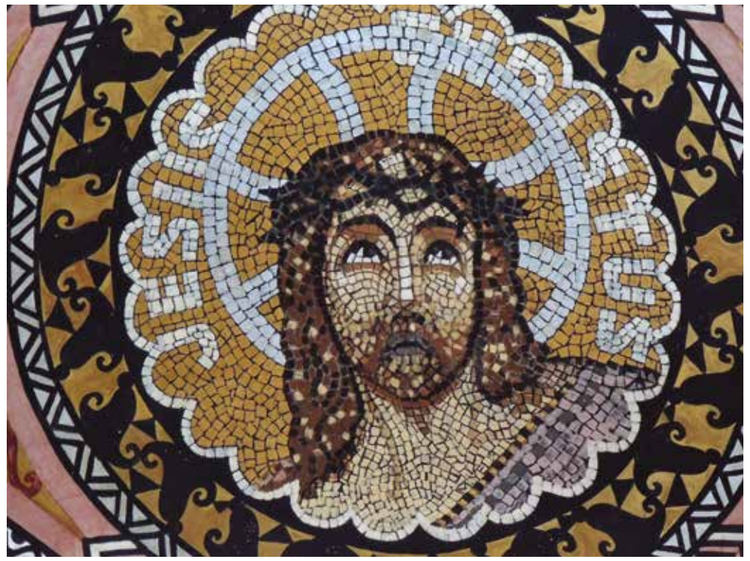
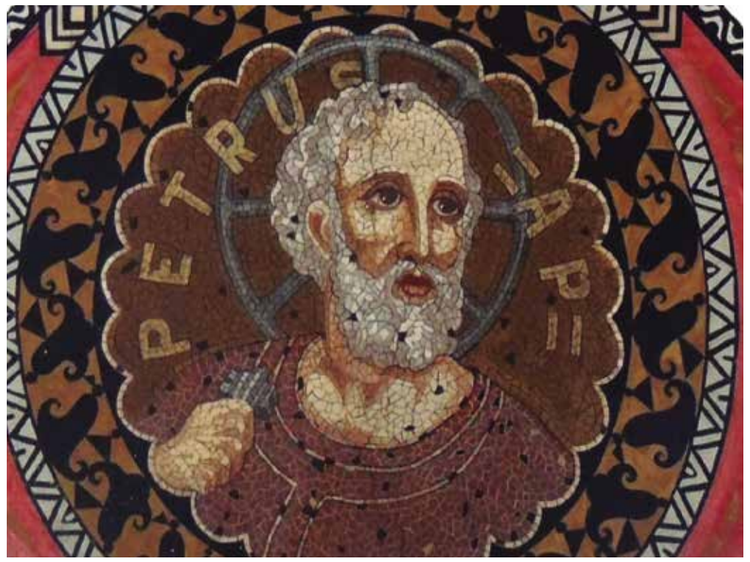
Al caminar por la Once Calle del Centro Histórico en dirección al Oeste, se divisa al final, una elegante construcción. Precedida de viviendas se erige esta capilla, cuya más reciente construcción data de 1933. Tal como lo publicara en esa época el diario El Imparcial en su edición del 19 de enero de 1933, una particularidad de los vitrales de la capilla, es que los mismos fueron elaborados en Bélgica. Aunque no se tiene certeza de su autor o del taller que pudo elaborarlos hemos de mencionar la posibilidad que fuese un trabajo de Edouard Steyaert. El juego de vitrales responde en forma a las ventanas con remate de arco de medio punto en juego con la influencia románica de la construcción y también en colorido y figuras. En total son 47 vitrales, 22 de ellos, conforman por sus dimensiones un juego de piezas homogéneas y representan figuras de diferentes advocaciones marianas, Cristo y santos de la Iglesia Católica. Dos vitrales en el crucero se diferencian por su fondo geométrico. Medallones de pequeñas dimensiones tratan el tema del nacimiento de Jesús y los pasos del Via Crucis, mientras que otro juego de ventanas representan tanto a santos como escenas de la vida del Hijo de Dios. El conjunto se unifica con el azul del cielo que sirve de fondo a todas las figuras, los elementos geométricos que enmarcan los diseños y en los vitrales de los laterales, la Jerusalén celestial, en representación medieval, que destaca con tejados rojos, azules y verdes.

de cruz. También en el altar mayor se construyó recientemente un retablo en madera, imitando los trabajos del período hispánico, para alojar a la Virgen de los Remedios, titular de la parroquia. La imagen está flanqueada por ángeles.

En una nave lateral se encuentra una pintura del Bautismo de Cristo. Las naves laterales cuentan con fanales para imágenes de talla reciente. La nave de la epístola está rematada por un altar neoclásico que aloja a Jesús Resucitado y la del evangelio, por el altar del Sagrado Corazón de Jesús. Una pequeña escultura de san Roque es de talla antigua.

La inauguración del edificio fue un acontecimiento para la entonces pequeña ciudad de Guatemala. El proyecto original era demoler el antiguo Calvario. Sin embargo, el presidente Jorge Ubico, quien llegó al poder en 1931, valoraba las obras de arte del período hispánico, por lo que decidió que el ingeniero Rafael Pérez de León remodelara el edificio para convertirlo en museo. Pérez de León le dio aspecto de fortaleza y se inauguró como museo en 1935, alojando obras de arte religioso en pintura, entre las que destacaban los impresionantes lienzos pintados por Tomás de Merlo entre 1737 y 1739 y que el gobierno de Ubico compró a los herederos del artista Justo de Gandarias.

La ubicación del Calvario lo convirtió en un ámbito de tráfico vehicular. Desde sus inicios, a los pies del cerrito se estacionaban carretas para transporte de artículos y de personas. El primer tranvía que circuló por la ciudad tenía su estación junto al Calvario. También adyacente al templo original, se encontraba un concurrido mercado. Con la instalación del ferrocarril, a poca distancia, se construyó la Estación Central. Cuando se autorizó el servicio de autobuses, en 1928, los vehículos pasaban frente al Calvario. Al aumentar la población, surgieron varias colonias y barrios, cuyos habitantes debían trasladarse al centro de la ciudad y los buses los llevaban hasta el Calvario. De manera que el tráfico vehicular que rodeaba al templo fue en aumento constante durante todo el siglo XX.

Así, el templo que ofrecía mayor comodidad para los trabajadores y empleados que utilizaban el transporte público era el Calvario. Esto permitió que el número de devotos relacionados al templo aumentara en forma significativa respecto a otros templos antiguos, pero situados en los barrios tradicionales, con límites ya definidos. De tal manera que las actividades del Calvario congregaban cada vez a mayor número de feligreses. Esto queda evidenciado en los cortejos procesionales de Semana Santa. Las andas del Calvario son las más grandes del mundo, por la cantidad de fieles que desean participar y quienes proceden de todos los puntos geográficos de la ciudad. Mientras esto sucedía con el templo en funciones, en 1947, bajo las órdenes del alcalde Mario Méndez, el ingeniero Alfonso Cruz dirigió la demolición del antiguo Calvario. Las obras resguardadas en el museo fueron trasladadas a un salón en La Aurora. La demolición del edificio y de la parte exterior del montículo fue rápida. Pero, como estaba erigido sobre una formación rocosa natural, fue necesario utilizar varios días con equipo mecánico para aplanar el terreno y, por último, se utilizó dinamita, lo que provocó daños en los vidrios del nuevo Calvario.

[1] El Imparcial, 29 de junio de 1929, página 1. [2] El Liberal Progresista, 30 de junio de 1931, página 9. [3] El Liberal Progresista, 12 de septiembre de 1931; 2 de mayo de 1932, página 2. [4] Diario de Centro América, 11 de mayo de 1932, página 2. [5] Placa en un pilar del presbiterio.